1107

El
Barón de la
Costaña

Lion

4

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

EXTRAVAGANCIA BUFO-LÍRICA

EN UN ACTO, ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

Rafael María Liern

AMALFI, (pseud)

MUSICA DE LECOQ

ARREGLADA POR

DON JOSÉ VICENTE ARCHE.

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de verano del Jardin del Buen Retiro el 14 de Julio de 1872.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
MIENTEFUERTE.....	Sr. Campoamor.
MANRIQUE.....	Sr. Carceller.
DON MACARIO TRAGABOLAS.	Alcalde.
UN PREGONERO.....	Mazoli.
PALOMA.....	Sra. Perla.
ISOLINA.....	C. Fontfrede.
UN JUEZ.....	Mazoli.

Aldeanos de uno y otro sexo, curiosos, testigos, etc., etc.

La accion en un pueblo de Castilla.—Época actual.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. GULLON é HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Huerto limitado á la altura de la tercera caja, por una tapia y una puerta de verja en el centro.—En el primer término de la derecha, fachada posterior de la casa de D. Macario.—Á la izquierda, término segundo, una cocina de verano cubierta por un emparrado.—Frente á la cocina un pozo corpóreo con garrucha y cuerda.—Algunas macetas simétricamente colocadas sobre bonitos pedestales.—Muy agradable y risueño el aspecto general de la decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PREGONERO y PALOMA.

Al subir el telon y despues de una ligera pausa, aparece el pregonero en la parte exterior de la puerta de hierro. Finge el toque de corneta que generalmente precede á los pregoneros en los pueblos. Rodean al pregonero niños y curiosos.

PREG. (Hablado en son de pregon. Mucha voz.) De órden del señor Alcalde popular, se hace saber á todos los vecinos del pueblo, que esta tarde á las cuatro, en la escribanía de don Macario Tragabolas, se abrirá el testamento del muy alto y poderoso señor Baron de la Castaña. Si trascurrida aquella hora los herederos no se hubieran presentado á reclamar la herencia, perderán su dere-

669516

cho á ella, con sujecion á lo dispuesto por el testador en documento separado. (Váse corriendo entre los gritos de los muchachos.)

MÚSICA.

Oyese la voz de D. Macario, que riñe fuertemente á Paloma. Aparece ésta de mal humor y haciendo un gesto de desprecio.

PALOMA. Muy bien, muy bien, basta de gritos.
¡Qué geniazos tan malditos!
Sobre todo el del señor!
Lo que es hoy tiene un humor!...
El que mire á una veleta
que allí apunta y luégo allá...
(Imita con la mano el juego de una veleta.)
la pintura bien completa
del señor encontrará.

—

Es un genio que me irrita,
inconstante y desigual,
ya te pone de bonita
ya te pone de animal.
Si una coz suya mereces,
te da un beso el muy atroz,
y si es beso lo que ofreces
la respuesta es una coz.

—

Buscas que te plante?
Mas no te burlas de mí.
Quieres que te aguante?
Sí, por aquí!

(Los comparsas asoman la cabeza riendo por encima de la tapia. Las mujeres se agrupan á la parte exterior de la puerta de hierro. Expresion muy burlona en las fisonomías. Paloma ha tratado de hacer huir á los campesinos amenazándoles con una escoba. No pudiendo conseguirlo llama á D. Macario; viene seguido de Isolina. Trae D. Macario una escopeta de dos cañones. Apunta á

los aldeanos varias veces hasta que los obliga á retirarse. Voces y gritería durante las cadencias. Terminada la música se restablece por completo el órden. Se ha visto huir á los aldeanos á través de la puerta de hierro. Viste D. Macario traje negro de ceremonia.)

HABLADO.

ESCENA II.

D. MACARIO, ISOLINA, PALOMA.

MAC. La insurreccion está dominada. No hay motin que resista á la *última ratio Regum*. (Golpeando los cañones de la escopeta.) Tunantes! Tengo yo la culpa de que no parezcan los herederos del nobilísimo señor Baron de la Filfa, del Camelo y la Castaña?

ISOL. Qué has de tener, papá mio!

MAC. Bribones! (Apunta furioso á la tapia.)

ISOL. PALOMA. } Ay!

MAC. Burlarse de don Macario Tragabolas. (Apunta.) Como quedara uno siquiera!

ISOL. PALOMA. } Y dale! (Paloma retira la escopeta á un rincon.)

MAC. Yo lo he asistido en su última enfermedad!

PALOMA. Claro!

MAC. Yo he cerrado sus ojos.

PALOMA. Claro!

MAC. Calla. Yo mismo dispuse su entierro.

PALOMA. Claro!

MAC. Calla, maldita. ¿Quién te da á tí vela en este entierro? (Exasperado.)

PALOMA. Yo que me la tomo. (Con mal modo.)

MAC. Pues yo te la apago. Habrá insolente! (Sopla furioso.)

PALOMA. Eso es! Venga usted luego con zalamerías. (Llorosa.)

MAC. Tienes razon, Paloma... Mira, hija, en los entierros mios puedes tomar todas las velas que te dé la gana.

No llores, Palomita mia... no llores!

ISOL. Tan pronto insultas á Paloma como la acaricias... ¿Sabes, papá, que desconfio de tu razon?

MAC. Mira, cuando me olvido del proyecto que se alberga aquí... (En la frente.) El ilustre finado impone á su heredero la condicion ineludible de casarse contigo si ha de entrar en posesion de la herencia.

ISOL. Un esposo? Un esposo? Que parezca, Dios mio!

MAC. Y parecerá, sí señor!

ISOL. Tienes algun indicio?

MAC. Lo he tenido. Verás... Anteayer á mi paso por Madrid entré en una fotografía á retratarme.

ISOL. Pero, papá, ¿no sabes que todos tus retratos salen mal desde que estás pecoso de viruelas?

MAC. Y cómo si lo sé!... Mire usted—le dige al fotógrafo—yo, por un terrible decreto de la Providencia y una indigestion de higos chumbos, tengo adoquinada la fisosonomía. ¿Podria usted retratarme sin que apareciesen en las tarjetas estos surcos?—Sí señor, me contestó. En ningun retrato mio aparecen esos hoyos.—Magníficos cristales debe usted poseer para conseguirlo!—No señor, no depende de los cristales. Depende de que tengo las máquinas vacunadas.

PALOMA. }
ISOL. } Jesús!

MAC. Al oir semejante filfa, exclamé: «Hé aquí el heredero que buscamos.»—Lo interrogo y nada... El fotógrafo era hijo sencillamente de uno de esos mangueros de la villa que pasan la vida en esta postura... (Como regando.)

LAS DOS. Ay! (Saltando.)

PALOMA. Vamos, bien decia mi padrino, que estaba usted guillao.

MAC. Oye, Paloma. Qué es eso de guillao? Pues la palabra es fina. Te prohibo repetirla en adelante... Estás? (Rie.)

PALOMA. No he de estar! De pie!

MAC. Esta tarde á las cuatro se despejará la incógnita. (Ap.) (Si los herederos no parecen pasa la herencia á Paloma.

Por eso voy yo pichoneando.) (Risas y voces dentro.)

ISOL. Qué ruido es ese?

PALOMA. Jesús qué tipo! (Mirando á través de la puerta de hierro.) Qué traje tan raro!

ISOL. Si es un trovador de la edad media. Yo voy á desmayarme de alegría.

MAC. Otro desmayito?

PALOMA. Pues ya seria hoy el desmayo número veinte y tres. (Preludio de arpa fuera.)

ISOL. Preludia una arpa!... Si es una arpa, no hay duda... Qué feudal es todo esto... Yo voy á desmayarme de feudalismo!

MAC. Isolina. Basta de sandeces. Desmáyate de lo que quieras con tal que sea en tu cuarto!

ISOL. ¡Oh destino bárbaro! Oh padre inarmónico! (Váse por la derecha.)

MAC. (Airado.) Y tú...

PALOMA. Señor! Yo quisiera oirle, aunque no fuera más que una coplita.

MAC. Eso es diferente... Eh! tú, mossiu! (Llamando desde la puerta de hierro.) El del arpa! ven aquí! Entra! Ya estás complacida! (Aparece Manrique en la puerta.) Adelante. ¡Valiente esperpento!

ESCENA III.

PALOMA, D. MACARIO y MANRIQUE.

Traje de bufo de trovador de la edad media.

MANR. De vuestras voces ufano
huella mi pié este rastrillo.
Me llaman de este castillo.
Qué me quiere el castellano?

MAC. Qué dice el tio este? Te llamo para que cantes alguna cosilla. Qué cara tiene tan boba.

PALOMA. Y qué sonrisa! Está lelo!

MANR. Déme inspiracion el cielo
y escuchad mi dulce trova

MÚSICA.

MANR. (Acompañándose del arpa.)

I.

Ruiseñor gentil,
arpa del pensil,
con voz armoniosa
mi oficio es cantar.
Dulce trovador,
voy buscando amor,
mas, suerte espantosa,
no sé enamorar!

(Muy triste y de un modo cómico.)

—

Cuanto más triste el gemir
más y más hago reir.
Y aunque elogio y aunque alabo,
dicen todas que yo al cabo
soltero y vírgen he de morir.
Mira qué pavo...
mira qué pavo...
Pavoroso porvenir
veo surgir.

(Al oir la palabra *pavo*, D. Macario y Paloma miran á todos la dos creyendo hallar á dicho animal. Caen en la cuenta de lo qu hacen al oir *pavoroso*.)

II.

En Albarracin
sólo un serafin
de belleza extraña
juró serme fiel.
Pero aunque juró,
pero aunque lloró,
me dió la castaña
por cierto doncel.

—

Mi amor la daba... y verás

cestas de frutas á mas.
Las reparte con el chico,
yo no como, la suplico,
y con la cesta... sigo detrás...
Mira qué mico...
mira qué mico...
que mi corazon quizás
muerto hallarás.

—

(Repiten el juego al pronunciar la palabra *mico*. Durante el ritornelo D. Macario se duerme de pie, y baila durmiendo. Lo despierta un pisoton de Manrique. Tambien durante el ritornelo se balancean los tres al son de la música.)

HABLADO.

MAC. Ay! (Quejándose á consecuencia del pisoton.)

MANR. ¿Os ha gustado ta trova?

MAC. Mucho. Música alemana.

MANR. En qué lo habeis conocido?

MAC. En el sueño que me ha dado.

MANR. Oh! (Gesto de extrañeza.)

MAC. En fin, toma una peseta.

MANR. Dinero á mí?

MAC. Dos reales por el pavo y otros dos por el mico. Á diez y siete cuartos el camelo; se me figura que están bien pagados. Vamos, toma.

MANR. Yo no mendigo dinero,
guárdelo allá mi señor.
¿Desde cuándo un trovador
se equipára á un fosforero?
Mal me comprendisteis, mal!
Al son de la acorde lira
soy el ave que suspira
junto al castillo feudad.
¡Qué de ilusiones me robas!

¡Qué de esperanzas desechas!
Pendiente de mis endechas,
seducida por mis trovas,
menospreciando la lluvia,
la orgullosa castellana
se asoma á una barbacana (Muy meloso.)
por ver mi barba rubia.
Y galardona al doncel,
que tañe noches enteras,
no como tú á los gateras
que venden el Cascabel.
El premio de su cancion,
que encierra misterios hartos,
no son diez y siete cuartos...
el premio es su corazon!...
Con dinero estos señores
pagan tan altas virtudes.
¡Romped, romped los laudes! (Con rabia.)
¡Llorad, llorad trovadores! (Sentimental.)

MAC. Paloma. Yo creo que este hombre está loco.

PALOMA. Así parece.

MAC. Hasta se me figura que habla en verso?

PALOMA. No señor. Habla en castellano. En verso no lo entendiera yo.

MAC. Qué barbaridad tan candorosa! (La mira como arrobado.) Mira, muchacho. Yo no he querido ofenderte... pero la verdad es que descolgarse á estas fechas con este traje tan grotesco, no estando en Carnaval... Es un rasgo sin segundo.

MANR. Él es y fué mi equipaje. Traje mio! Este es el traje con que mamá me echó al mundo.

PALOMA. Que nacisteis de ese modo?

MANR. Nunca lo hubierais creido?

MAC. Pero hombre, nacer vestido.

MANR. Sí señor, con lira y todo...

MAC. Vamos, ustedes lo ven? (Al público.)

PALOMA. Hacernos tragar querrias

que á la par que tu crecias
crecía el traje tambien?
Arroja embustes á caños!

MAC. Vaya... ¿Y qué edad—la verdad—
tiene ese traje?

MANR. Mi edad,
quinientos veinte y seis años.

PALOMA. Jesús!

MAC. Lengua más diabólica!
cuando es un pollo!

MANR. Pardiez!
Si he jugado al ajedrez
con Isabel la Católica!

PALOMA. Vamos, he visto embusteros!...

MAC. Á éste no hay quien le dispute.

MANR. Y qué partidas de tute
con el Cardenal Cisneros!
¡Siempre le ganaba! Y cuenta
que era un triunfo colosal,
que á cualquiera el Cardenal
le acusaba las cuarenta!
Le he ganado más cafés!
Y á Hernan Cortés al billar?
¡Y qué sabia jugar!

MAC. Al billar Hernan Cortés?

MANR. En Méjico. Si él y yo
Motezuma y el de Llanas
casi todas las mañanas
jugabamos un *chapó*.

MAC. Ya esas son mentiras graves.

MANR. Si era mi amigo!

PALOMA. Qué lios!

MANR. Con unos fósforos mios
quemó Hernan Cortés sus naves!
Armábamos un belen!
Motezuma, francamente,

jugaba bastante bien.
Pero Hernan? Vaya una escuela!
jugaba mejor que todos...
Qué efectos y qué recodos!
Bien manejaba la suela.
Y un juego... valiente guasa!
Cuando Hernan Cortés salia,
sí señor, ya se sabia,
cuatro palitos y á casa!
Por debajo del sobaco
nos pasaba... sin rebozo!
Bien es verdad que era un mozo
con una fuerza de taco!... (Poniéndose en jarras.)

MAC. Basta, y á ver si respiras;
toma alientos, por quien soy,
porque temiéndome estoy
que te ahoguen esas mentiras.

MANR. Dias arrastro infelices
á pesar de mi blason,
pues desciendo del baron
de la Filfa!

MAC. (Desconcertado.) Qué me dices?

MANR. Soy Camelo y Telaraña
de Puerto-Rico y Gorguero,
el legítimo heredero
del Baron de la Castaña.

PALOMA. San Pascual!

MAC. No mientes? Dí?

MANR. No señor.

MAC. Ya no lo dudo!
Camelo! Pues es menudo
el que me largas á mí!

PALOMA. Pero vé usted qué desgracia, señor.

MAC. Cállese usted, fregona. El baul y á buscárselas por esos mundos. (Llora Paloma.)

PALOMA. Aunque no hubiera venido el tio ese...

MAC. ¡Y usted vendrá por la herencia?

MANR. Naturalmente!

MAC. Necesito que identifique usted su persona... Hay una prueba fehaciente... una prueba plenísima que no deja lugar á dudas... ¿Sabe usted la cancion tradicional del señor Baron?

MANR. La sé de memoria...

MAC. Á cantarla... Aquí la sabemos todos. Ayúdenos usted, cocinera ordinaria. (Á Paloma.)

PALOMA. Mire usted que es mucho cuento.

MANR. El caso es que estoy cansado.

MAC. No importa. (Le quita la lira y se la da á Paloma.) Deja en un rincon el mundo de ese caballero... (Paloma deja en un lado la lira.) (Aquí le cojo.) Venga á una.

MÚSICA.

TERCETO.

MANR. De lo feudal,
bello ideal!
LOS TRES. Bello ideal!
MANR. Raza especial,
piramidal.
LOS TRES. Piramidal!
(Trágicamente.)

MANR. (Muy cómicamente y reuniéndose los tres.)

Cada filfa que soltaba
parecia cinco ó seis,
y qué gracia que tenia
para hacer algun inglés!
Por eso en España
quedó esta cancion.
No hay, no hay, no hay
quien atice una castaña
como el Baron.

(Dando los tres una carrerita hácia el proscenio.)

—

LOS TRES. Por eso en España
quedó esta cancion.
No hay, no hay, no hay

quien atice una castaña
como el Baron.

—

MANR. Bello ideal
de lo feudal!
Rama especial,
piramidal!

LOS TRES. Fué una raza colosal!

MANR. De honradez casi modelos,
cada esposa es casi fiel,
y los hijos, casi hermosos,
casi son suyos tambien.
Por eso en España
quedó esta cancion.
No hay, no hay, no hay
quien atice una castaña
como el Baron.

—

LOS TRES. Por eso en España
quedó esta cancion,
etc., etc., etc.

HABLADO.

MAC. No hay duda, es su legítimo heredero!

PALOMA. Camelo por los cuatro costados.

MAC. Otra vez? Á la calle! Tres minutos tiene usted para arreglar el baul.

PALOMA. Vaya un pago! (Gimiendo.)

MAC. Y usted, travador fiambre, venga usted conmigo á conocer á su futura esposa, á mi hija.

MANR. (Mal humor.) Á su hija de usted?

MAC. Dispone el testamento abierto, que el que herede los bienes se case con mi hija. Condicion *sine qua non*.

MANR. Eso es muy lisonjero para mí. ¿Y cómo se llama la niña?

MAC. Más que yo.

MANR. Imposible!

MAC. (Furioso.) Yo no miento nunca, caballero! Su madre y yo existimos ántes que ella!

MANR. No se ofenda usted, señor mio. Como yo nací ántes que mis padres!

MAC. La excepcion no es la regla general. Pero no puede ser. Eso es otro camelo... Usted se ha propuesto divertirse conmigo? (Rabioso.)

MANR. Cuánto me gustan los carácteres dulces! Es lo mismo Isolinita?

MAC. Igual, una malva. (Rompe en dos pedazos el pañuelo.)

MANR. ¡Oh vegetal emoliente! Yo te adoro! ¿Y es bonita?

MAC. Mi retrato. (Haciendo un prolongado gesto de rabia.)

MANR. Sublime camafeo! Vamos á verla!

MAC. Vamos. Recoja usted la cómoda. (Por la lira. Tómala Manrique.)

MANR. Es muy justo.

MAC. Pase usted.

MANR. Quiero emocionarla, flecharla, herirla... Estoy presentable? (Da un paseo por la escena.)

MAC. No te falta más que una mona.

MANR. Qué ha de faltarme... (Con intencion.) Si está ahí? (Entra por la derecha.)

MAC. Pues no la veo! (Volviendo la cara atrás.) Á que la mona soy yo? ¡Ah, pillo! (Váse corriendo derecha.)

ESCENA IV.

PALOMA, acabando de hacer el baul.

Eso es lo que mereces, que te tomen por monote. Pero señor, ¿qué he hecho yo para que me despidan? Tome usted ley á las casas! No lo siento más que por la señorita! Y por el amo tambien si va á decir verdad... Ea, ya están listos los trapos... (Cogiendo el baul.) Ahora si no tienes que hacer, vete de puerta en puerta á ver quién quiere una criada!

ESCENA V.

MIENTEFUERTE, á poco PALOMA.

Viste Mientefuerte un traje de cazador muy rico, pero hecho en caricatura. Trae en el cinto un enorme cuchillo de monte.

MIENTEF. (Al paño.) No desenganches los caballos! (Entra por la puerta del centro. Habla con acento andaluz muy pronunciado.) Güenas tardes... Á la pa é Dió!

PALOMA. Quién va?

MIENTEF. El señor escribano?

PALOMA. Sí señor!

MIENTEF. Es usted el escribano, prenda?

PALOMA. Yo, no señor.

MIENTEF. Si no podia ser. Pero no está en casa?

PALOMA. Sí señor.

MIENTEF. Pos entre usted á decirle que tiene que hablarle en seguidita el heredero legítimo del señor Baron de la Filfa, del Camelo y la Castaña!

ALOMA. Es usted?

MIENTEF. Desde arriba abajo!

PALOMA. Jesús! seis meses sin parecer un Filfa ni para un remedio, y ahora en un rato se presentan dos!...

MIENTEF. Cómo dos?

PALOMA. Sí señor. Ahí está el otro!

MIENTEF. No puede ser; eso será algun Camelo.

PALOMA. Un Camelo es efectivamente.

MIENTEF. (Pos no es gordo el que me dan si no acudo listo.) Ese heredero es farso... Á que no tiene er sinno?

PALOMA. ¡Oh, el sino ya lo pasará él si tiene que aguantar á mi amo!

MIENTEF. Si no digo eso! Digo que no tiene er sinno de la familia... er lunar que tenemos en esta muñeca... (La izquierda.) todos los descendientes del señor Baron...

PALOMA. Un lunar! Á ver?

MIENTEF. Mírelo usted aquí... un piñon... es la marca de toda la escendencia.

PALOMA. Un piñon! Y es verdad! Yo quisiera tener uno así en la barba!

ESCENA VI.

DICHOS y D. MACARIO.

MAC. (Muy contento por la derecha.) Paloma! Paloma! La cosa marcha! Eh! Un forastero aquí... Pero que haces?

PALOMA. Le estoy mirando el piñon á este caballero.

MAC. Qué piñon? Muchacha!

PALOMA. El lunar, el signo de la familia. Este caballero es el heredero legítimo, el verdadero, del señor Baron difunto.

MAC. ¡Otro!

PALOMA. Ay, qué pálido se ha puesto usted, señor. Tome usted un bizcochito!

MAC. Qué atrevimiento es este? Libertades delante de los extraños. Haga usted el equipaje y á la calle!

PALOMA. Pero señor...

MAC. Á la calle...

MIENTEF. Espera, muchacha...

MAC. Cómo es eso?

PALOMA. Yo, señor?

MIENTEF. Sí; puesto que ese notario sin entrañas te despide, voy á socorrerte? (Desenvaina el cuchillo con fiereza. Da un grito Paloma y se marcha. D. Macario da otro grito de terror y se arrima á la pared. Mientefuerte saca tranquilamente la vaina del cuchillo como buscando algo; está en el proscenio y de frente al público.) Toma, aquí tienes cinco duros... Se ha marchado?

MAC. Sin duda se ha asustado. Y yo creo... no lo sé de cierto... (Sonriendo.) pero creo... que yo me he asustado tambien... como ha hecho usted así... (Accion de desenvainar.)

MIENTEF. Vaya bendita de Dios. Es particular... todas las personas á quienes voy á dar dinero, ya sea porque lo deba, ya por caridad, echan á correr en cuanto meto

mano al bolsillo. (Accion de desenvainar.) Yo no sé lo que creen.

MAC. Nada, que los va usted á degollar de la manera más caritativa.

MIENTEF. Caballero! Me han robado tantas veces el bolsillo, que me he visto obligado á reemplazarlo por éste.

MAC. Y diga usted, caballero. (Muy cariñoso.) Con efecto es usted...

MIENTEF. Juan Bautista Mientefuerte de la Bola, Vizconde del Bulo, y descendiente en línea recta del señor Baron de la Castaña.

MAC. Hé aquí su último B. L. M. encargándome entregarlo á su heredero, así que se presentase. Lea usted, ¡pobre Baron! Un momento ántes de morir...

MIENTEF. No habia espirado todavia? (Con dolor.)

MAC. No, señor... Un momento ántes de morir me dió este recuerdo.

MIENTEF. Una caja de rapé?

MAC. Sí señor. Una caja de música! Sírvase usted leer. (Música.)

(Pónese á leer Mientefuerte. D. Macario le da un golpe a la caja. Da principio con sordina la música de la caja. Empieza Mientefuerte á balancearse á compás mientras lee. Al cabo de poco tiempo abre desmesuradamente los ojos, vuelve la hoja, toca la caja en tono menor, Mientefuerte se va afligiendo. Despues, al volver la música al tono mayor, vuélvese á alegrar y á balancearse.)

MIENTEF. (Despues de leer.) Alma noble y generosa! Me nombra su heredero universal! No perderá usted sus trabajos. (Dándole la mano.)

MAC. No me mueve el interés.

MIENTEF. Y es cierta la especie que he oido, señor escribano?

MAC. Cuál?

MIENTEF. La de haberse presentado otro heredero?

MAC. Así es en efecto.

MIENTEF. Lo suprimo y negocio terminado. (Empuña el cuchillo.)

MAC. (Ay, qué hiena!)

MIENTEF. Rivales á mí! No será el primero que he suprimido.

(Golpeando el pomo.)

MAC. Conque ha despabilado usted á muchos?

MIENTEF. En tres años nada más, he atravesado con este cuchillo!...

MAC. Qué ha atravesado usted?

MIENTEF. La Europa entera.

MAC. Atiza! (Este le da al otro quince y falta.)

MIENTEF. Ademas, que en cuanto la niña vea estas hechuras!... (Se contonea.)

MAC. Muy encalabrinada está con el otro. Bien que como le cuenta cosas extraordinarias! No, el mancebo es notable! eso sí!... Figúrese usted que despues de haber jugado *chapó* con Hernan Cortés y al *tute* con Cisneros, ha dormido siestas de setenta y cinco años!

MIENTEF. Eso no vale ná... Yo he hecho más que eso...

MAC. Cómo! Más?

MIENTEF. Ese mozo habrá dormido setenta y cinco años, en setenta y cinco años...

MAC. Es natural...

MIENTEF. Pues yo en una expedicion que hice al Escorial en coche, he dormido en una noche quince dias de un tiron.

MAC. Pero hombre... eso no puede ser...

MIENTEF. Pos ahí está el salero, en que no puede ser... Cuando le digo á usted que ese mozo es una jormiga...

MAC. No hay que echarle tanto por los suelos... Es un cazador famoso. Ahora mismo nos contaba que cazando en los montes de Toledo, se le acabaron las balas, cargó la escopeta con huesos de aceituna, y disparándolos sobre un jabalí, le hizo salir en el lomo al animal...

MIENTEF. Un olivar?

MAC. No señor, un peral con arroba y media...

MIENTEF. De peras?

MAC. De naranjas de la China.

MIENTEF. Argo es... pero tambien poquilla cosa...

MAC. Á que ha hecho usted más todavía?

MIENTEF. Ya lo creo... Pa cosas de caza yo. Oiga usted.—
Con un garbanzo é lo fino...

le tiré á un servo... es la lú,
y le salió en el testú
una tienda é ultramarinos.

MAC. Pero es de veras?

MIENTEF. De veras.

MAC. Una tienda?

MIENTEF. De remate.
Con sus dos escaparates
y un mostraó y tres horteras.

MAC. (Vamos, este hombre de una mentira es capaz de levantar un nublado.)

MIENTEF. En materias é casa, me han sucedido los lances más maravillosos. No sabe usted lo que me sucedió con los galgos?

MAC. No señor...

MIENTEF. Salta una liebre en una senda así de estrechita, formá por dos tapias de piedra de cincuenta piés de elevacion. La suerto á la liebre siete galgos. No cabian en la senda juntos, de moó que corrian uno etrás del otro. Corren, corren, corren y cuando el galgo primero iba á trincarla, se para en seco.

MAC. Y se escapó la liebre?

MIENTEF. No señor.

MAC. Ya! La cogerian los otros saltando por encima del primer perro?

MIENTEF. Tampoco. Atravesándolo como un túnel del ferrocarril!...

MAC. Hombre!...

MIENTEF. Aquello fué una jornada. Seis perros con fuerza loca le salieron por la boca...

MAC. Pues suprima usted la entrada. (Pues señor, no hay quien pueda con este bárbaro.) Y usted es ligero de piés? Porque ese mocito vive en Madrid, y para digerir el almuerzo va á Irun todos los dias, y á las siete ya está de regreso en Fornos, donde come.

MIENTEF. Ah! Es el que va á Irun? Si le conozco mucho! Como que todos los dias empezamos juntos el paseo.

Anda bien, digno es de loa.

MAC. Y usted le sigue?

MIENTEF. Más voy.
Cuando él llega á Irun, ya estoy
de regreso en la Moncloa.

MAC. Y dígame: usted es tambien músico? Porque ese jóven toca el arpa de una manera prodigiosa.

MIENTEF. Yo toco mejor que él.

MAC. El arpa?

MIENTEF. El arpa y er vigulin y el figle y cuantos instrumentos se conocen, sobre todo el piano. Taeberg y Litz son á mi vera dos recien nacidos. En mi último viaje á América, me suplicó la esposa del capitan del vapor que tocara alguna cosilla... Me senté al piano. Un Collard y Collard divino. «Toque usted algo que tenga algun pasaje de tormenta» dijo la señora.

Hábil las teclas sujeto
y empiezo con seriedad
á tocar la tempestad
del final de Rigoletto.
Todo el mundo embebecido
con entusiasmo me oia,
y qué bien imitaria
la tempestad y su ruido,
que al tocar un trueno gordo
de detonacion muy seca,
se hizo rancia la manteca
que traíamos á bordo! (Con mucha voz.)
Ya ve usted lo que yo jago!

MAC. Hombre!

MIENTEF. Y encrespé las olas!

MAC. Yo me llamo Tragabolas,
pero esa no me la trago. (Con mucha voz.)

MIENTEF. Pos se la tragará usted como una píldorilla de sinaglosa... Ea, ya estoy harto de dudas y desconfianzas... Tengo mis papeles en regla, y sobre tó tengo el signo distintivo de la familia. Éste. (Enseñando la muñeca.) Que

sarga ese botarate y confronte usted las muñecas. Á que no tiene lunar?

ESCENA VII.

DICHOS, y MANRIQUE al paño.

MANR. (Lo tengo porque me lo acabo de pintar, gracias á los informes de la criada.)

MAC. El Baron lo tuvo, sí.

MIENTEF. Si no podia faltar? Á que no tiene lunar?

MANR. (Solemnemente.) Ese lunar, hélo aquí! (Quedan los tres como espantados y enseñando las muñecas.)

MIENTEF. Pues yo no cedo...

MANR. Ni yo...

MAC. Voy á dar cuenta á mi hija de este conflicto. (Váse corriendo y muy sofocado.)

ESCENA VIII.

MANRIQUE y MIENTEFUERTE.

Ligera pausa, miradas y posturas impertinentes.

MIENTEF. Usted comprenderá, caballero, que... En fin, usted no es el heredero.

MANR. Ni usted tampoco.

MIENTEF. Naturalmente. Yo le conozco á usted.

MANR. Y yo á usted.

MIENTEF. Usted ha sido mozo de café...

MANR. En el del Recreo.

MIENTEF. Algunos bistecs me ha servido.

MANR. Que usted no me ha pagado.

MIENTEF. Por olvido seguramente... de modo que usted conviene en que no somos...

MANR. Mas que dos lipendis que buscamos una herencia para salir de trampas.

MIENTEF. Pues yo no abandono el campo.

MANR. Ni yo tampoco.

MIENTEF. Entónces es preciso que nos batamos.

MANR. Nos batiremos á la americana.

MIENTEF. Con los ojos vendados.

MANR. Sea... Á una... (Tapándose los ojos con un pañuelo.)

MIENTEF. Ya estoy ciego.

MANR. Y yo. (Están de frente al público.)

MIENTEF. Pues en guardia.

MANR. En guardia. (Pónense en guardia, pero quedan espalda con espalda.)

MIENTEF. Adelantemos un paso.

MANR. Como usted guste. (Dan un paso y se desvian. Descúbrens un poco.)

MIENTEF. Ojo!

MANR. Eso digo yo!

MIENTEF. Caminábamos en sentido inverso.

MANR. Batámonos de frente... Apriétese usted el pañuelo.

MIENTEF. Ya está. En guardia. (Empienzan á batirse. Chocan los aceros.)

MANR. Sois diestro.

MIENTEF. El valor guia mi mano. (Manrique deja tranquilamente de batirse. Colócase la espada debajo del brazo, se quita el pañuelo y dice con frescura en el proscenio y olvidado completamente de la situacion, lo quo sigue. Mientefuerte continúa batiéndose, dando cuchilladas al aire.)

MANR. (El caso es que habiendo yo enamorado á la chica, no querrá casarse con este tio. Yo debo secuestrarla. Pensemos un momento lo que debe hacerse!) (Váse por el foro con la mayor tranquilidad, prescindiendo por completo de Mientefuerte.)

MIENTEF. (Sigue tirando,) Lo habré muerto ya? (Despues de dos saltos se quita el pañuelo.) Ah! cobarde! Se ha ido!... El escribano! (Óyese la voz del escribano.) Saquemos partido de la situacion (Tiene aun cubierto un ojo por el pañuelo.)

ESCENA IX.

MIENTEFUERTE, ISOLINA y D. MACARIO.

MAC. Cuando te digo que está aquí... Qué es esto? Está usted jugando á la gallina ciega?

MIENTEF. He atravesado á mi rival de parte á parte, y al sacudir la espada, lo he sepultado en el pozo sin querer.

MAC. Muerto! Un heredero ménos!

ISOL. Muerto mi trovador!.. Monstruo!... Ah!!... (Cae sobre una silla.)

MIENTEF. Desmayada?

ISOLINA. Todavía no, que he de cantar una romanza. (Levántase.)

MUSICA.

ISOLINA.

Ya murió mi trovador.
Sueño fué mi dulce amor.
Tan guapo y tan ancho,
y luégo aquel gancho.
No hay de aquí á Carabanchel
dos como él.

—

Con un cantar monótono
sujeto á un mismo compás,
me recordaba el cu-cú-e
del reloj de mi mamá.

HABLADO.

ISOLINA. Terminada la romanza me desmayo! (Cae sobre la silla.)

MIENTEF. Desmayada!

MAC. (Asomándose al pozo.) Pobre trovador! Allí le veo! (Oh! qué idea! Si pudiera deshacerme de éste.)

MIENTEF. Cómo que le ve?

MAC. Flota sobre la superficie del agua.

MIENTEF. Que flota?

MAC. Distingo su lira.

MIENTEF. (Si lo habré tirado al pozo de verdad?) Yo no le veo... (Asomándose al pozo.)

MAC. Fíjese ústed bien hácia la izquierda.

MIENTEF. Que no le veo.

MAC. Yo acortaré las distancias. (Lo echa al pozo.)

MIENTEF. Ay!

(Despierta Isolina.)

MAC. La herencia es mia!

ISOL. Ha tirado usted al pozo al asesino?

MAC. No te asustes. Nada como un salmon.

ESCENA X.

DICHOS y PALOMA, con el cofre á cuestas.

PALOMA. (Llorando.) Tome usted ley á los amos... Adios, señor; que usted lo pase bien, señorita...

MAC. Separarte de mi lado, Paloma mia? No lo imagines... Me caso contigo. (Con explosion de gozo.)

PALOMA. Qué? (Deja caer el cofre con estrépito.)

MAC. Te doy mi blanca mano. Esposa mia, ven á firmar el contrato. Nos casamos por lo civil.

PALOMA. Vamos.

MAC. (He pescado ocho millones!) (Váse con Paloma.)

ESCENA XI.

ISOLINA, á poco MANRIQUE.

ISOL. Qué casa, Dios mio! Qué casa! Esto es un maniconio!

MANR. Isolina?

ISOL. Quién? Ah! Un espectro! su sombra!

MANR. De qué te asustas? Soy Manrique!

ISOL. Un ser real y verdadero?

MANR. Si...

ISOL. Dame una prueba...

MANR. Toma... (La abraza perfectamente.)

ISOL. Te creo! No hay sombra que apriete de ese modo! (Gritos y aclamaciones fuera.) *Vivan los novios,*

MANR. Qué ruido es ese?

ISOL. El pueblo, que felicita á mi padre, que acaba de casarse con la cocinera.

MAC. (Dentro.) Gracias... gracias...

MANR. La voz de don Macario!

ISOL. Ocúltate un momento. (Recátase Manrique.)

ESCENA XII.

DICHOS y D. MACARIO.

MAC. Todo se ha concluido: Héme casado segundo vez. (Suenan las cuatro.) Las cuatro! Respiro! La herencia es mia!

MANR. Las cuatro! Sí: la hora de abrir el testamento...

MAC. San Símeon bendito! Él... él aquí...

ISOL. Sí, papá... Si no habia muerto!...

MANR No señor, afortunadamente.

MAC. Conque sin haber muerto me permites casarme con una cocinera.

MANR. Yo?

MAC. Es preciso que mueras... absolutamente preciso... y vas á morir...

ISOLINA. Papá!

(D. Macario ha sacado un revolver.)

MANR. Ay! (Huye por el foro.)

ISOLINA. Favor... socorro... que matan á mi futuro! (Le sigue.)

MANR. (Por la derecha.) Y me suelta un tiro en cuanto me tenga á idem. Ah! ya se yo dónde esconderme, en el pozo! (Sube sobre el brocal. Cógese á la cuerda y comienza á descender. Á la par que desciende sube Mientefuerte. Quedan ambos agarrados á la cuerda. Ve el público el busto de cada mano de ellos.)

MIENTEF. }
MANR. } Ah!!

MIENTEF. Este cuarto está alquilado, señor mio!...

MANR. En cuanto me niegue usted la hospitalidad le ahogo.

MIENTEF. De qué manera?

MANR. Soltando la cuerda.

MIENTEF. Y caeremos juntos al fondo. (Sin desasirse de la cuerda empiezan á morderse como dos perros.)

MANR. Ja!...

ESCENA XIII.

DICHOS, ISOLINA, D. MACARIO y PALOMA.

MAC. (Por la derecha.) Dónde está ese bribon?

MIENTEF. } Ay!!
MANR. }

(D. Macario apunta.)

ESCENA XIV.

DICHOS, el JUEZ, DOS GUARDIAS CIVILES, ALDEANOS de acompañamiento de uno y otro sexo y curiosos.

JUEZ. Señor Escribano?

MAC. El Juez!

JUEZ. Ya han dado las cuatro, y es la hora de abrir el testamento...

MAC. Todo está dispuesto, señor!

(El pasante trae el testamento. Siéntanse los principales personajes. Manrique y Mientefuerte quedan sentados sobre el brocal del pozo. Cuadro. Mucha solemnidad y silencio. Ceremonia de abrir un testamento.)

MAC. Buena tengo yo la lengua para leer en este instante.

PALOMA. (Á D. Macario ap.) (Pichon. Quieres una copita y unos bizcochos?)

MAC. Mira, fregona, en cuanto me tutees te estrangulo.

PALOMA. Otra vez?

MAC. Recoja usted el cofre y á la calle.

JUEZ. Silencio, señores. Se procede á la lectura del testamento.

MAC. (Leyendo.) En el nombre de etc. (Se descubren todos.) Yo don Fulgencio de la Rivanegra, señor de Camelo y Filfa, Baron de la Castaña, etc., etc.: Declaro solemnemente que no tengo herederos de ninguna clase, por ser yo el último vástago de mi familia.

TODOS. Qué? Já, já!! (Risa burlona.)

MAC. Declaro asimismo, que muero sin dejar una peseta, y que la fama de mi riqueza es la última castaña que he dado en esta vida!! No hay mas...

TODOS. Jesús! Já, já!! (Carcajada.)

MAC. Es posible!... Casado con mi criada! Te repudio... me divorcio...

MANR. Tengo una tia rica y enferma. Soy su heredero. Me caso con Isolina.

MAC. Pues te perdono.

ISOL. ¡Ah!

MAC. En cuanto á tí!...

MIENTEF. (Ap. á D. Macario.) (Serviré de testigo falso para anular la boda.)

MAC. Te perdono tambien. (Habla con el Juez, que se despide cortesmente y váse seguido de los guardias.)

PALOMA. Pues he hecho un pan como unas hostias!

ISOL. (Á todos) Os convido á merendar.

TODOS. Viva!

ISOL. Vamos adentro.

MAC. Un instante. Voy á pedir perdon á estos señores...

MANR. Eso me toca á mí. (Prepara la lira.)

MAC. Pues yo recogeré con la bandeja.

ISOL. Va usted á pedirles dinero?

MAC. No; bondad, indulgencia y una palmada cariñósa. Canta, canario.

MUSICA.

MANR. Gritar al final
es huevo sin sal
que produce extraña

cruel desazon.
Si tú desde ahí
me gritas á mí,
será más castaña
que la del Baron.

—

Llorar, si gritas, verás
á ésta y á mí y á los demas.
Mas si en cambio nos das tono
con un *bravo*, *te perdono*,
nuestra ventura completarás.

—

TODOS. Mira qué mono...
mira qué mono...
monótono porvenir
es no aplaudir.
(Baja el telon.)

FIN DE LA OBRA.